

CARLOS MENESES

RIBEYRO Y SUS CIRCUNSTANCIAS

El segundo libro que Julio Ramón Ribeyro (Lima 1929-1994) publicó se titula “Cuentos de circunstancias» (Lima 1958) y contiene una decena de cuentos escritos entre 1952 y 1958, la mayoría de ellos escritos en Europa donde el narrador vivió casi tanto tiempo como en su país. Lo que más puede llamar la atención en este conjunto de relatos es la variedad temática, pero a pesar de eso se encontrará un elemento unificador: el sentido crítico que siempre está presente, sea en historias estrictamente reales, dedicadas únicamente a Lima o fantásticas. Ribeyro se caracterizó a través de toda su obra (cuentos, novelas, teatro, ensayo) por su contumaz aproximación a la realidad, aunque en sus inicios diera gran importancia a la fantasía. Algo de esa inclinación se recoge en este segundo libro que da cabida a dos cuentos fantásticos como : «La insignia» y «Doblaje», aunque entre ellos haya una disimilitud evidente.

Después de la publicación de su primer libro, «Los gallinazos sin plumas» (Lima 1955) Ribeyro quedaba etiquetado como el narrador peruano con mayor dedicación por desentrañar misterios y desgracias de su país. Pero en «Cuentos de circunstancias» muestra otros saberes aunque sin apartarse en su totalidad de su condición de notario de la pobreza limeña. Narraciones como: «La botella de chicha», París 1955. «El banquete», Lima 1958. «El tonel de aceite», Madrid 1953 o «Explicaciones a un cabo de servicio», Amberes 1957, son muestras claras de su afición por tomarles el pulso a su país y a sus pobladores.

De los diez cuentos que componen el libro el único que escapa de los moldes habituales del narrador es «Doblaje», fechado en París en 1955 aunque posiblemente con una primera redacción realizada en Lima e imantada por las influencias de su adolescencia.

Es historia que se antoja sencilla por lo bien estructurada que está. Un pintor británico busca a su doble en las antípodas de Londres que es nada menos que Sidney. Ribeyro organiza con la habilidad de un narrador maduro un cuento dotado de claves y referentes muy bien definidos para que se entienda que mientras el pintor ha ido a Australia su doble ha hecho el viaje a la inversa y ha terminado de pintar la madona que el otro había dejado inconclusa, y en contrapartida el inglés tuvo un interesante flirt con Winnie, a quien se supone la novia del australiano. Nos encontramos ante un bien trazado ejercicio, pero sin el transfondo de crítica o sátira, como ocurre en la inmensa mayoría de los trabajos de este escritor.

Pero la fantasía también abre sus puertas a la crítica, y eso es lo que se observa en el otro cuento del mismo cuño titulado; «La insignia»(Lima 1952), en el que Ribeyro utilizando coincidencias y una extraña secta donde nadie entiende por qué están ahí y cuál es el pensamiento de ese organismo, traza un interesante símil con el discutir del ser humano en la vida. Ribeyro utiliza la casualidad como vehículo para movilizar al protagonista. Un hombre que un día en plena calle encuentra una insignia. A partir de ese momento le esperan una serie de sorpresas. Pasa a ser miembro de un club, secta u organismo extraño, donde el superior le manda continuas tareas, a cual más descabellada, y él cumple al pie de la letra. Es consciente de que está aceptando trabajos absurdos, pero no protesta, no investiga, simplemente obedece y esa sumisión lo va elevando poco a poco, hasta llegar a convertirse en el líder y obtener pingües recompensas en su condición de superior, aunque sigue sin saber qué se pretende, por qué se reúnen, por qué le mandaban a cumplir tareas tan absurdas. Pero nada de eso ya importa, ahora se halla instalado en la cumbre. El mismo lo confiesa: «*si alguien me preguntara cuál es el sentido de nuestra organización, yo no sabría qué responderle*». Puede ser también tomado como una crítica dirigida exclusivamente a las sectas o a los ambientes totalmente cerrados.

En los demás cuentos predomina un realismo rotundo y la ironía y el sentido del humor casi siempre están presentes. «El banquete», fe-

chado en Lima en 1958, justamente cuando el autor volvió a su tierra y permaneció dos años en ella para luego volverse a París, asistimos al fracaso de una gestión ilegal. Al desastre de una inversión millonaria que pretende una impresionante recompensa. Don Fernando, millonario que no se contenta con lo que tiene invita al presidente de la república un magnífico banquete en una casa que condiciona especialmente para ese ágape. No se trata de un agasajo desinteresado sino de todo lo contrario, lo que se pretende es una embajada en Europa y conseguir que el ferrocarril pase por sus extensas tierras. Todo ha sido organizado minuciosamente y sin preocupación por los elevados costes.

Cuando la fiesta a la que han asistido unas ciento cincuenta personas empieza a languidecer, don Fernando cree llegado el momento para esgrimir su solicitud. Consigue llevar a un aparte al presidente y solicitarle lo deseado. La respuesta presidencial no se hizo esperar: *«Pero no faltaba más - replicó el presidente - Justamente queda vacante en estos días la Embajada de Roma. Mañana en el Consejo de Ministros propondré su nombramiento, es decir, lo impondré. Y en lo que se refiere al ferrocarril sé que hay en Diputados una comisión que hace meses discute ese proyecto. Pasado mañana citaré a mi despacho a todos sus miembros y a usted también para que resuelvan el asunto en la forma que más convenga»*. Don Fernando teóricamente tiene todo lo ansiado en las manos, pero no cuenta con las jugadas del destino. A la mañana siguiente su mujer lo despierta para mostrarle un diario, el millonario que ya se sentía embajador lee lo que le muestra su esposa *« y sin proferir una exclamación se desvaneció sobre la cama. En la madrugada, aprovechándose de la recepción, un ministro había dado un golpe de estado y el Presidente había sido obligado a dimitir»*. Duro castigo al soborno disfrazado de buena voluntad.

Ribeyro es un gran conocedor de la psicología humana. En cada una de sus narraciones se verá cómo nos muestra la mentalidad, las tendencias y costumbres de los personajes elegidos. Por ejemplo en *«La botella de chicha»*, cuento basado sobre una anécdota harto sencilla, lo que tiene que decirle al lector es la facilidad con

que se deja engañar mucha gente que acepta el veredicto de la mayoría. Por una razón casi baladí el contenido de una botella de chicha de jora es sustituido por vinagre. Ese cambio sólo lo sabe uno de los hijos de la familia. Inesperadamente se produce la llegada del otro hermano, y el padre para celebrarlo abre la botella que lleva muchos años guardada, como quien va a mostrar una reliquia. Todos beben el exquisito líquido dominados por la idea de que se les está invitando un verdadero elixir y no perciben la acidez del vinagre, a todos les parece que se trata de un licor exquisito que el paso de los años ha mejorado considerablemente. El hijo que ha hecho el cambio trata de persuadirlos de que beban de una pipa, que es donde él ha puesto la verdadera chicha con muchos años de antigüedad, y finalmente tras muchos ruegos lo consigue, pero a nadie le gusta, todos quisieran seguir bebiendo ese vinagre que ha sido presentado como si de ambrosía se tratase.

La fuerza de la sugestión ha dominado a todos los comensales. El vinagre se convierte en deliciosa bebida, mientras la bebida verdadera pierde todo su valor. Nada los hará retroceder en su convicción de que han sabido diferenciar lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso. Cuando el autor del cambio de chicha por vinagre les anunció que les traería una chicha mejor nadie le creyó y cuando les dio a beber la bebida auténtica se sintieron defraudados y lanzaron sus quejas:

«-¡Vinagre!». «¡Me descompono el estómago!». «Pero ¿es que esto se puede tomar?». «¡Es para morirse!». «Y como las expresiones aumentaban de tono, mi padre sintió renacer en sí su función moralizadora de jefe de familia y tomando la pipa con una mano y a mí de una oreja con la otra, se dirigió a la puerta de calle». Así llegó el final de la chicha añeja, tirada en plena calle.

La demostración de que un narrador es buen conocedor del medio en el que se desenvuelve se obtiene no sólo a consecuencia de la descripción del lugar o de la selección acertada de los personajes que dan vida a la historia, cuenta mucho el conocimiento del lenguaje propio de esas criaturas. Ribeyro más que ir a los márgenes de la

ciudad para construir sus relatos prefiere encontrar inspiración en la propia ciudad, ya sea en los barrios humildes, como también en los residenciales donde siempre encontrará núcleos de pobreza. No es de los que desplieguen grandes conocimientos de jergas propias del hampa o de los bajos fondos, se suele quedar en habla popular, en el léxico callejero urbano, porque la gente que él utiliza es la de clase media hacia abajo. Procurando siempre ambientes donde el problema esté latente y merezca emerger para ser mostrada la injusticia que, generalmente genera todo el drama.

En el relato, «Explicaciones a un cabo de servicio», sólo hay dos personajes y no hay diálogo sino monólogo. La anécdota es muy sencilla, como la mayoría de las que sustentan los cuentos de sus dos primeros libros. Se trata del monólogo de un borracho que ha sido detenido por un cabo de la policía y que lo está llevando a la comisaría porque ha consumido en un bar y no ha tenido plata para pagar la factura. Lo que el borracho trata de explicar en el largo trayecto por las calles limeñas es todo cuanto le ha ocurrido desde que salió de su casa por la mañana hasta el momento en que fue detenido por la denuncia del camarero de un bar, cuando ya dominaba la noche. Hay un tercer personaje del que se hace referencia en el monólogo, y que es el amigo con el que ha estado bebiendo durante largas horas.

Pablo Saldaña, que así se llama el detenido, es hombre de escasos recursos económicos, de clase humilde y sin trabajo, con familia numerosa y buscador empedernido de empleo pero sin éxito. En esa situación sale de su casa con algún dinero que le ha dejado su mujer y se encuentra con un viejo compañero de colegio, Simón. A partir de ese momento empiezan las copas y sobre todo la elaboración de un gigantesco proyecto que los alejará irremisiblemente de la pobreza. Entre los dos amigos empiezan a soñar despiertos y no sólo construyen castillos en el aire sino, y también en el aire, la forma como financiar la realidad de los proyectos. Pero después de almorzar - todo hasta ese momento lo ha pagado Saldaña-, es Simón quien invita, y en el restaurante El Patio empiezan a beber y ya no necesitan añadir nada más al proyecto ni buscar formas de

financiarlo, porque todo ha quedado redondo. Ahora viene la tercera fase, en qué gastar el mucho dinero que se va a ganar en esos negocios. Es en estos momentos cuando Ribeyro demuestra el gran conocimiento que tiene sobre estos hombres de economía humilde y en circunstancias como las que van quedando retratadas.

Pero junto a los brindis cada vez más animados, al lado de Pablo que convierte los sueños en realidad con una facilidad admirable se halla un auténtico pillo. Simón que ha promovido los delirios de su amigo y que ha invitado las copas de la tarde y de la noche, con una excusa baladí se aleja de su amigo y desaparece del restaurante. La víctima tarda en enterarse de lo que ha pasado. Sólo cuando le traen la factura empieza a darse cuenta de lo que está ocurriendo, aunque en sus explicaciones al cabo no apostrofa a su amigo, lo sigue creyendo simplemente alejado del lugar pero dispuesto a volver, y él en ningún momento se siente detenido. El momento dramático de la desaparición del amigo y de su detención es contado de la siguiente manera: *«Cuando una persona se pierde en un bar hay que irlo a buscar primero al baño...Luego fui al teléfono di vueltas por el café, salí a los portales...¡Nada!...En ese momento el mozo se me acercó con la cuenta...¡ Demonios! se debían 47 soles ¿en qué me dije yo?. Pero allí estaba escrito.»*. La ingenuidad de Pablo queda muy bien retratada. El no duda de la honorabilidad de Simón, como tampoco se da cuenta de que lo están conduciendo a la comisaría. Aduce continuamente que es empresario, y habla de sus grandezas económicas que sólo están en su imaginación. Su sorpresa es enorme cuando llegan a la comisaría. Sigue invocando que es Pablo Saldaña, el gerente de una gran empresa, pero los hombres uniformados empiezan a mermar las resistencias del borracho. Habilidad impecable en el lenguaje de todo el monólogo, y conocimiento evidente de la psicología de un hombre pobre y en las circunstancias en las que se halla.

En el breve cuento titulado: «Los merengues» (Lima 1952) la temática es minúscula y aparentemente elemental. El protagonista es un niño que birla dinero a su madre para convertirlo en merengues que es el dulce que más le gusta, pero el pastelero duda del

chico, no cree que tenga la cantidad de dinero suficiente como para pagar la compra que pretende hacer y lo echa de la tienda. Tras esa escena la preocupación del muchacho es qué hacer con el dinero robado. Considera que será difícil reponerlo del sitio donde lo tomó, porque propiciaría ser descubierto y como no sabe en qué otra cosa gastarlo opta en deshacerse de las monedas tirándolas a la playa desde lo alto de un acantilado.

En ese comportamiento del chico de los merengues se muestra no sólo el desconocimiento del valor del dinero, propio de un adolescente, también queda claro el desprecio hacia lo material. En muy escasas líneas Ribeyro esboza la actitud del muchacho y ocurre justamente cuando finaliza el cuento: «Pronto llegó a los barrancos. Sentándose en lo alto del acantilado contempló la playa. Le pareció en ese momento difícil restituir el dinero sin ser descubierto y maquinalmente fue arrojando las monedas una a una, haciéndolas tintinear sobre las piedras. Al hacerlo pensaba que esas monedas nada valían en sus manos». Esa actitud hasta de desafío a la economía resulta novedosa dentro de la breve obra narrativa de Ribeyro en esos tiempos.

El libro contiene otros relatos como «Scorpio»; «El tonel de aceite»; «Página de un diario» o «Los eucaliptos», en los que el autor abunda en sus conocimientos urbanos y en su afán de mostrar lacras y defectos de la ciudad. Este segundo libro de Ribeyro contiene variedad temática y es un compendio de lo, que irá desarrollando más adelante. La prosa de «Cuentos de circunstancias» enseña algunas indecisiones que irán desapareciendo en su totalidad en los libros posteriores. La segunda etapa de Julio Ramón Ribeyro habría que situarla a partir de su tercer libro de narraciones breves, «Los hombres y las botellas» (1962), situado nuevamente en París y tras dos años de residencia en su país, entre Lima y Ayacucho, donde trabajó como profesor de la universidad de Huamanga. En la capital francesa su tarea fue periodística y duró alrededor de diez años.